

hijo, que tiene también alma de poeta y a través de él, todo resulta más interesante. Reconocí más en él su delicado espíritu, cuando en el mar de Niza hundió las manos y me dijo: "hundí ya las manos en el Mar Mediterráneo".

El puestecito donde al pasar se tomaba un refresco; la confitería donde se compraba la bolsa de bombones; el almacén en que se obtuvo el menester que trajimos: el termómetro, que al pasar consultábamos, marcando aquella temperatura bajo 0 que para nosotros, gente del trópico, era una alarma; todo! en el tiempo, constituye una añoranza. Y añoranza será nuestro hotel Santa Ana en París, a diez varas de la Avenida de la Opera. En su comedor tapizado de espejos y damascos —tan acogedor— donde el Lic. Arroyo y Julietita fueron tan cordiales compañeros de mesa —replegados quedarán los más bellos recuerdos.

Nuestro grupo se componía de abogados, todos, y profesores de la Universidad, con sus señoras: Froylán González y Deyanira, Moncho Arroyo y Julietita, Julio Ruiz y Leticia, Solita de Ruiz, Miguel y Olga Fernández —Magistrado de la Corte él— el doctor Padilla Castro quien ha sido nuestro Ministro en París, y su señora y su hijos Eugenio y Arnoldo; el escritor don Noé Padilla, mi hijo Rogelio que llevaba la representación de la Universidad de Costa Rica —también Magistrado de la Corte— Lía su esposa, y yo. Todos dispuestos a disfrutar de un viaje feliz, todos unidos y sin egoísmos recorrimos con espíritu de arte las grandes capitales de Europa.

La Torre Eiffel —fue en un día de mucha niebla— no podía ser vista en toda su magnitud. El elevador llega hasta la tercera parte de la altura, como en la Estatua de la Libertad, a la que hacía diez días habíamos subido en New York y de la cual hay una réplica en París pero en proporciones más pequeñas, hecha por el mismo Bertholdi, el artista que hizo la que Francia regaló a los E.E.U.U., en 1886. La de París se levanta en una isleta en medio del Sena; es idéntica, pero más pequeña.

Fue otro día y camino a Versalles que pudimos ver completa la Torre Eiffel, como la veíamos tantas veces mecerse en el espacio desde lejos. Por cierto, construido por el mismo Eiffel vimos el elevador gigante que asciende a una de las siete colinas de Lisboa.

Versalles es de lo más evocador. Allí se siente todavía el ambiente fastuoso de aquella Corte Francesa; los lagos

donde las damas de la nobleza navegaban en góndolas de bronce dorado, entre luces de fuegos artificiales, apoyadas en rasos y auténticos damascos, donde la frase galante iba y venía entre la risa alegre, que era la misma que cantó Darío en *La Princesa Eulalia*. Un guía nos explicaba llamándonos la atención sobre los amorcillos de la recámara de María Antonieta, desde ese día el pobre guía se llamó "amorcillos". Eran ¡tremendos! estos muchachos de nuestro grupo, y no es poco decir que en Londres, se sentaron —y muy sentados— en la Cámara de los Lores y en la Cámara de los Comunes.

Los almacenes de París son uno de los más hermosos espectáculos de la gran ciudad; las perfumerías refulgen

como gemas; allí Solita de Ruiz buscaba su Chalimar y yo el Mitzuco de Gerlán. Pero Gerlán es la más alta manifestación en perfumes y sólo se venden en las perfumerías exclusivas de Gerlán. Por cierto, es donde se ve la clientela más lujosa. En París, nos embriagamos de hermosos almacenes.

Las tiendas de trajes en los Grandes Boulevares parecen como para la Duquesa de Windsor. Allí se exhiben trajes hasta de 500 y 1.000 dólares. Las lorerías, para quien le gustan los diamantes, son una verdadera tentación. Pero los altos precios de unas cosas se compensan con el regalo de los precios de otras, como los perfumes y las porcelanas de Sevres, de Limodge y Rosental. Hay porcelanitas diminutas con copias espléndidas de cuadros célebres, y su valor es de centavos; por demás es decir, que de ellas trajimos.

Una noche con el Lic. Arroyo y Julietita, paseando por la orilla del Sena —que arrastraba láminas de hielo quebradas al descongelarse— se nos ocurrió bajar y caminar por el lado de los muelles hasta subir por el puente de Alejandro, y al llegar al final de nuestro paseo, ¡las verjas estaban cerradas! Un gendarme, alto como la torre Eiffel, muy alarmado, salió de su resguardo, pero al vernos cara de inofensivos turistas —gentilmente— con sus enormes llaves nos abrió la verja. Con el alma del cuerpo otra vez, subimos la gradería y ¡en la Plaza de la Concordia a las 12 de la noche y a 7 grados bajo cero! Pero con nuestros bien forrados sobretodos, zapatos aparentes, gruesos guantes y gorros de lana tapando orejas y cuello, el frío era una delicia.

Nuestra visita a la Sorbona la hicimos en compañía del doctor Padilla Castro —él es doctorado en la Sorbona— se daba esa mañana una Cátedra de Derecho Romano que mi hijo quería presenciar pues es la Cátedra que él tiene a su cargo en la Universidad de Costa Rica. El profesor da la clase con toga y virrete y entrar allí es como entrar a un templo. Además, mi hijo Rogelio lleva una credencial de nuestra Universidad antes las Universidades Europeas. El doctor Padilla nos introduce. Atravesamos algunas aulas, los alumnos sorprendidos nos miran, nosotros seguimos, pasamos a la interminable biblioteca distribuida como en pasillos y entre tanto volumen el Dr. Padilla tiende la mano y nos presenta pulcramente empastado y con su nombre en letras de oro, la Tesis

Cuadernos Americanos
 Apartado Postal 965
 México, D. F., México

Estos libros interesantes:

Antonio Castro Leal: <i>Juan Ruiz de Alarcón</i>	Dóls. \$ 1.00
Juan Larrea: <i>Rendición de Espíritu I y II</i> , cada uno	1.00
Eduardo Villaseñor: <i>Ensayos Interamericanos</i>	
Emilio Prados: <i>Jardín Cerrado</i>	1.00
Rodolfo Usigli: <i>Corona de Sombra</i>	1.00
Sara de Ibáñez: <i>Pastoral</i>	0.50
Gustavo Valcárcel: <i>La Prisión</i>	1.50
Gustavo Valcárcel: <i>La Agonía del Perú</i>	0.50
Miguel Alvarez Acosta: <i>Muro blanco en Roca Negra</i> . Novela Premio <i>El Nacional</i>	2.00
Miguel Alvarez Acosta: <i>Nave de Rosas Antiguas</i> (Poemas)	2.00
Fernando Benítez: <i>China a la vista</i>	2.00
José Tiquet: <i>Sangre de Lejanta</i>	1.20
Margarita Paz Paredes: <i>Dimensión del Silencio</i>	1.20
Germán Pardo García: <i>Acto Poético</i>	1.50
German Pardo García: <i>U. Z. Llama al Espacio</i>	1.50
Lucila Velásquez: <i>Poesía resistente</i>	8.00
Luis Sánchez Pontón: <i>Azulejos y Campanas</i> . Poemas	11.00
Luis Cardoza y Aragón: <i>La Revolución Guatemalteca</i>	10.00
Fernando Alegría: <i>El poeta que se volvió gusano y otras historias verídicas</i>	4.75
Griselda Alvarez: <i>Cementerio de Pájaros</i>	4.75
<i>Poesía de América, N° 3, Año IV</i>	3.00
Juan Larrea: <i>Razón de Ser</i>	11.00
Juan Larrea: <i>La Espada de la Paloma</i>	22.00
Germán Pardo García: <i>Eternidad del ruiseñor</i>	10.00
Vicente Magdaleno: <i>Ascensión a la tierra</i>	6.50

Solicítelos a Cuadernos Americanos. México), D. F.); o a Rep. Americano. (San José, Costa Rica).